

ARCHIPIÉLAGO

Afinidad, organización informal
y proyectos insurreccionales

Salto, subversión & anarquía

ARCHIPIÉLAGO

Afinidad, organización informal y proyectos insurreccionales

¿Por qué regresar a las preguntas acerca de la afinidad y organización informal? Ciertamente no es porque nuestros intentos de explorar y profundizar estos aspectos del anarquismo sean deficientes, no es porque las discusiones de ayer, así como las de hoy, no estén siendo inspiradas por éstas, y tampoco es porque haya una escasez de textos – cierto, la mayoría de las veces en otros idiomas- que se acerquen a estos cuestionamientos de una manera más dinámica. Sin embargo, ciertos conceptos requieren de un permanente esfuerzo analítico y crítico, si es que no quieren perder su significado al ser usados y repetidos con demasiada frecuencia. De lo contrario, nuestras ideas corren el riesgo de convertirse en un lugar común, en “pruebas”, en un terreno fértil para el estúpido juego de la competencia de identidad, donde la reflexión crítica se hace imposible. También suele suceder que la elección de afinidad para algunos se rechaza rápidamente como si se tratara de una relación que no permitiría un contacto con la realidad ni con los compañeros. Mientras que se agitan alrededor de una bandera, como en una especie de eslogan – y como en todos los eslogans, por lo general es el significado real, profundo y propulsivo, del que son la primera víctima.

Ninguna actividad humana es posible sin la organización, siempre y cuando entendamos por “organización” la coordinación de esfuerzos físicos y mentales que se consideren necesarios para alcanzar una meta. A partir de esta definición podemos deducir un aspecto importante, que a menudo es olvidado: la organización es funcional, ésta se dirige hacia la realización de algo, hacia la acción, en el sentido más amplio de la palabra. Todos aquellos que hoy insisten en sólo organizarse, en ausencia de objetivos claros y en espera de que a partir de éste primer momento de la organización el resto de las circunstancias se desarrolle de forma automática, ponen en un pedestal el hecho de organizarse como un fin en sí mismo. En el mejor de los casos, tal vez esperan que a partir de esto brotará una perspectiva; una perspectiva que no son capaces de imaginar por sí mismos o al menos establecer, pero que se convertiría en posible y palpable sólo dentro de alguna especie de entorno colectivo y organizado. No hay nada menos cierto. Una organización es fructífera cuando es nutrida, no de una banal presencia cuantitativa, sino de las individualidades

que la usan para realizar un objetivo común. Dicho en otras palabras, no tiene sentido creer que, sólo por organizarnos, las preguntas de cómo, qué, dónde, y por qué, luchar serán resueltas por la magia de la colectividad. En el mejor de los caos – o en el peor, dependiendo del punto de vista – quizás alguien podría simplemente encontrar un carro al cual saltar (subirse al carro) [1], un carro conducido por otra persona, y simplemente quedarse ahí cómodamente en el desagradable papel del seguidor. Entonces, es sólo cuestión de tiempo antes de que alguien, disgustado e insatisfecho rompa con esta organización.

Por lo tanto, la organización está subordinada a lo que uno sólo quiere hacer. Para los anarquistas, tenemos que añadir también los vínculos directos que necesitan existir entre lo que uno quiere hacer, el ideal por el que se lucha y la forma de obtenerlo. A pesar de las actuales formas de disfrazar y jugar con las palabras en los círculos más o menos marxistas, formar partidos sigue siendo considerado como un medio adecuado para luchar contra el resto de los partidos políticos. Todavía los vemos hoy presentan-

do la afirmación política de las fuerzas productivas (en tiempos en los que la magnitud de catástrofes industriales están bajo los ojos de todos) como un camino para terminar con las relaciones capitalistas. Algunos quieren tomar decisiones para hacer superfluas todas las posibles medidas. Los anarquistas no tienen nada que ver con este tipo de trucos mágicos, para ellos los fines y los medios necesitan coincidir. La autoridad no puede combatirse por medio de formas autoritarias de organización. Aquellos que pasan su tiempo criticando negativamente y encuentran en su afirmación argumentos en contra del uso de violencia, una coartada, o una capitulación de acciones por parte de los anarquistas, demuestran, a través de esto su profundo deseo de orden y armonía. Toda relación humana es conflictiva; esto no significa que por consiguiente tenga que ser autoritaria. Hablar de estas cuestiones en términos absolutos es verdaderamente difícil, esto, sin embargo no ignora el hecho de que la tensión hacia la coherencia es de necesidad vital.

Si hoy pensamos que la afinidad y los grupos de afinidad son la forma más adecuada para la lucha y la intervención anarquista en la conflictividad social, es porque tal consideración está íntimamente relacionada a la forma en la que concebimos esta lucha y esta intervención. De hecho, existen dos formas de enfrentar este cuestionamiento, caminos que no son diametralmente opuestos, pero que tampoco coinciden totalmente. Por un lado, existe la necesidad no negociable de coherencia. A partir de esto surge la interrogante hacia las formas organizativas anarquistas (tomando como ejemplo la organización de los anarquistas de síntesis y sus programas, algunas declaraciones de principios y algunos congresos como las federaciones anarquistas, o las estructuras anarco-sindicalistas) respondiendo a nuestra idea de anarquismo. Por otro lado, está la adecuación de ciertas estructuras organizativas. Esta adecuación pone en el suelo de nuestras condiciones históricas los cuestionamientos de las metas que se quieren alcanzar (y por lo tanto la forma organizativa que es considerada más apta para esto) en análisis de la situación social y económica... En cuanto a las grandes federaciones hubiéramos preferido, también en otras épocas, pequeños grupos capaces de moverse con autonomía y agilidad, pero en un nivel adecuado a la situación, con gran dificultad uno puede excluir a priori en ciertas condiciones, la elección de una organización anarquista de lucha, específica y federada o de una constelación de guerrillas... puede (o más bien podría tener) respuesta a las necesidades.

Creemos que contribuir a rupturas insurreccionales y desarrollarlas es hoy es la más adecuada intervención anarquista para luchar en contra de la dominación. Por rupturas insurreccionales, queremos decir rupturas intencionales, incluso temporales, en el tiempo y el espacio de la dominación; por lo tanto son necesariamente rupturas violentas. Aunque este tipo de rupturas suponen también un aspecto cuantitativo (ya que son fenómenos sociales que no pueden ser reducidos a unas cuantas acciones aleatorias de un puñado de revolucionarios), estos son dirigidos hacia la calidad de la confrontación apuntando a las estructuras y a las relaciones de poder, rompen con el tiempo y el espacio y permiten, a través de las experiencias realizadas y los hechos usados para la auto-organización y la acción directa cuestionar nuevamente y atacar más aspectos de la dominación. En resumen, las rupturas insurreccionales nos parecen necesarias en el camino hacia la revolucionaria transformación de lo existente.

Fuera de toda esta lógica deriva la cuestión de saber cómo es que los anarquistas pueden organizarse ellos mismos para contribuir a tal ruptura. Sin renunciar a la, siempre importante, difusión de las ideas anarquistas, de acuerdo con nosotros, hoy en día, no se trata de recolectar a toda costa la mayor cantidad de gente posible alrededor del anarquismo. En otras palabras, nosotros no creemos que lo que se necesitan fuertes organizaciones anarquistas con una amplitud brillante capaces de atraer a los explotados y los excluidos, como preludeo cuantitativo para estas organizaciones que a su vez darán (cuando el tiempo esté maduro) la señal de la insurrección. Además, creemos que es impensable, en nuestros días, que las rupturas insurreccionales puedan comenzar a partir de organizaciones que defiendan los intereses de un grupo social en particular, por ejemplo, como sucede con las formas anarco-sindicalistas. La integración de este tipo de organizaciones dentro de una gestión democrática, de hecho perfectamente respondidas dentro de la economía capitalista contemporánea; es en esta integración donde se hace imposible potencializar el cruce de una posición defensiva a una ofensiva. Por último, nos parece imposible que en la actualidad una fuerte “conspiración” sea capaz, a través de diferentes operaciones quirúrgicas, de hacer temblar a la dominación y de arrastrar a los explotados a la aventura insurreccional; más allá de las objeciones que se pueden hacer en contra de esta forma de considerar las cosas. En contextos históricos en donde el poder estaba claramente muy centralizado, como en la Rusia Zarista, todavía podría ser posible imaginar de alguna mane-

ra la hipótesis de un ataque directo en contra del corazón (en este caso el asesinato del Zar) como prelude de una revuelta generalizada. En un contexto de poder descentralizado, como el que conocemos, la cuestión ya no puede tratarse acerca de estrangular el corazón, hipotetizando un escenario en donde un tiro, bien dirigido, pudiera sacudir a la dominación en sus fundamentos (los cuales obviamente no le restan validez a un tiro certero). Por lo tanto, otros caminos deben de ser explorados.

Afinidad y grupos de afinidad.

Hay muchas desventajas de frente a la afinidad. De hecho es mucho más fácil y mucho menos exigente que inscribirte a algo, ya sea a una organización o a una asamblea permanente y asumir y reproducir características formales, en lugar de llevar a cabo una larga e inagotable búsqueda de compañeros con quienes compartir ideas, análisis y proyectos eventuales. Porque la afinidad es exactamente eso: un conocimiento recíproco entre compañeros, un análisis compartido que conduce a las perspectivas de la acción. La afinidad, se dirige, por un lado, hacia la teorización profunda y por el otro, hacia la intervención en la conflictividad social.

La afinidad se coloca radicalmente en el plano cualitativo. Aspira a compartir ideas y métodos, y no tiene como meta el crecimiento infinito. Para algunos compañeros, una de las principales preocupaciones, aunque bien escondida, parece seguir siendo el número. ¿Cuántos somos? ¿Qué debemos hacer para ser más? Desde la polarización de tal cuestión y desde la confirmación de que el día de hoy no somos muchos, dado por el hecho de que muchos otros no comparten nuestras ideas (tampoco inconscientemente), deriva la conclusión de que deberíamos crecer numéricamente, evitando poner un esfuerzo en la acentuación de ciertas ideas. Hoy en día es raro encontrar personas que tratarían de venderte una tarjeta de membresía para alguna organización revolucionaria destinada a crecer cuantitativamente y aspirando a representar a la mayor cantidad de explotados; sin embargo son muchos los que piensan que esa es la mejor manera de dar a conocer a los demás en qué consiste la organización “consensual” en actividades como bares auto-organizados, talleres, conciertos, etcétera. Seguramente, estas actividades tienen su papel, pero cuando enfrentamos el tema de la afinidad estamos hablando de algo más. La afinidad no es lo mismo que la amistad. Por supuesto que las dos no se excluyen la una de

la otra, pero no es porque compartamos determinados análisis que vamos a dormir juntos, y viceversa. De la misma manera, sólo porque escuchemos la misma música no significa que queramos luchar en el mismo camino en contra de la dominación.

La búsqueda de la afinidad ocurre en un nivel interpersonal. No es un hecho colectivo, un asunto de grupo, donde siempre es más sencillo seguir a otros que pensar por uno mismo. La profundización de la afinidad es evidentemente cuestión de pensamiento y de acción; sin embargo al final la afinidad no es el resultado de llevar a cabo una acción en conjunto, sino que es un punto de partida del que partimos a la acción. Ok, es obvio, algunos dirían, pero entonces esto significa que no se conocería personas que podrían ser buenos compañeros porque, de alguna manera, me gustaría limitarme con la afinidad. Es cierto que la búsqueda y profundización de la afinidad requieren una gran cantidad de tiempo y energía y por lo tanto no es posible generalizar a todos los compañeros. El movimiento anarquista de un país, de una ciudad, o incluso de un barrio, no puede convertirse en un gran grupo de afinidad. No se trata de ampliar diferentes grupos de afinidad con más compañeros, sino de hacer posible la multiplicación de grupos de afinidad autónomos. La búsqueda, la elaboración y la profundización de la afinidad conduce a pequeños grupos de compañeros que se conocen los unos a los otros, comparten análisis y pasan juntos a la acción.

Está la palabra... el aspecto del “grupo” de un grupo de afinidad que por lo general es criticado, tanto en buenos y malos aspectos. Por lo general hay compañeros que comparten la noción de afinidad, pero se vuelve complicado cuando se comienza a hablar de “grupos” que por un lado, van más allá de un aspecto inter-individual, mientras que por otro lado, parece ser una gran limitante el “crecimiento”. La mayor parte del tiempo las objeciones consisten en connotar los perversos mecanismos del “interior/exterior”, del “interior/exterior” que tales grupos de afinidad pueden generar (como, por ejemplo, el hecho de renunciar a la propia ruta a seguir impuesta por los demás, la esclerosis y los mecanismos que pueden surgir como ciertas formas de competencia, jerarquía, sentimientos de superioridad o inferioridad, miedo...). Pero estos son problemas que se presentan en cualquier tipo de organización y que no están ligadas exclusivamente a la afinidad. Se trata de reflexionar acerca de la forma de evitar que la búsqueda de la afinidad lleve a un estancamiento y a una parálisis en lugar de una expansión, extensión y multiplicación.

Un grupo de afinidad no es lo mismo que una “célula” de un partido o de una guerrilla urbana. Desde su búsqueda es permanente; la afinidad evoluciona en la permanencia. Ésta puede “aumentar” hasta el momento en el que un proyecto compartido se vuelva posible, pero por otro lado puede también “disminuir” hasta el punto en el que sea imposible hacer cosas juntos. El archipiélago de grupos de afinidad, por consiguiente, cambia constantemente. Este cambio constante ha sido a menudo señalado por sus críticos: uno no puede construir nada a partir de esto, porque no es estable. Nosotros estamos convencidos de lo contrario: no hay nada que pueda ser construido alrededor de formas de organización que giran en torno a sí mismas, lejos de las individualidades que forman parte de ésta. Porque tarde o temprano, en los primeros alienados, las excusas y los engaños saldrán siempre a la superficie. El único terreno fértil para construir es la búsqueda de reciprocidad para la afinidad.

Por último, nos gustaría señalar que ésta forma de organización tiene la ventaja adicional de ser particularmente resistente a las medidas represivas del Estado, ya que no tiene bastiones representativos, estructuras o nombres que defender. Dónde las formaciones cristalizadas y las grandes organizaciones pueden ser fácilmente desmanteladas con un sólo golpe, debido al simple hecho de que son estáticas, los grupos de afinidad permanecen ágiles y dinámicos incluso cuando la represión golpea. Desde la afinidad los grupos están basados en el conocimiento mutuo y la confianza; los riesgos de infiltración y manipulación son mucho más limitados que en una gran estructura organizacional en la que las personas pueden unirse alrededor de vagas abstracciones en donde sólo es necesario reproducir cierto comportamiento para ser parte del club. La afinidad es una base muy difícil de corromper precisamente porque parte de las ideas y evoluciona de acuerdo a ellas.

La organización informal y la proyectualidad

Creemos que los anarquistas tendrían una mayor cantidad de libertad y autonomía para influir en la conflictividad social si se organizaran en pequeños grupos basados en la afinidad, en lugar de organizarse en grandes formaciones o en formas organizacionales cuantitativas. Por supuesto, es deseable y a menudo necesario que estos pequeños grupos sean capaces de llegar a un entendimiento mutuo. Y no bajo el propósito de ser transformados en una molocha o una palanca, sino

para darse cuenta de los objetivos específicos y compartirlos. Estos objetivos, por lo tanto, determinan la intensidad de la cooperación de la organización. No se excluye que un grupo que demuestre afinidad organice una acción; sin embargo, en muchos casos, la coordinación entre diferentes grupos podría ser deseable y necesaria para la realización de una meta en específico anclada en el tiempo. La cooperación, puede también ser muy intensa en el caso de una lucha concebida a mediano plazo, como, por ejemplo, una lucha específica en contra de una estructura de poder (la construcción de un centro de deportación, una prisión, una base militar...). En estos casos podríamos hablar de organización informal. Organización, porque estamos lidiando con una coordinación de individuos, con métodos y capacidades entre diferentes grupos de afinidad e individuos que comparten un proyecto específico. Informal, porque no estamos preocupados con promocionar algún nombre o cuantitativamente fortalecer una organización, o firmar un programa o una declaración de principios, sino de manera ágil y lúcida coordinarnos para responder a las necesidades de un proyecto o de una lucha.

En cierto modo, la organización informal se encuentra a sí misma en el terreno de la afinidad, pero va más allá del carácter inter-individual. Existe únicamente en la presencia de una proyectualidad compartida. Por lo tanto, una organización informal está directamente orientada hacia la lucha y no puede existir fuera de esto. Como hemos mencionado anteriormente, ayuda a responder a requerimientos particulares de un proyecto o de una lucha que no pueden ser del todo, o difícilmente, sostenidos por un único grupo de afinidad. Puede, por ejemplo, permitir poner a disposición los medios que se consideren necesarios. La organización informal, por lo tanto, no tiene el objetivo de reunir a todos los compañeros detrás de la misma bandera, o de reducir la autonomía de los grupos de afinidad y de las individualidades, sino de permitir la autonomía de dialogo. Este no es un llamado para hacer todo juntos, pero es una herramienta para materializar el contenido y la sensación de un proyecto en común a través de las particulares intervenciones de los grupos de afinidad o de los individuos.

¿Qué significa tener un proyecto? Los Anarquistas quieren la destrucción de la autoridad, a partir de esto podemos deducir que están en la constante búsqueda de formas de lograrlo. En otras palabras, es ciertamente posible ser un anarquista y estar activo sin un proyecto de lucha en específico. De hecho, esto es lo que pasa por lo general. Ya sea que

los anarquistas estén siguiendo las directivas de las organizaciones a las que pertenecen (algo que parece pertenecer más al pasado), o que mientras estén esperando la llegada de las luchas a las que pueden participar, o que estén en el intento de incluir a la mayor cantidad de anarquistas dentro de la cotidianidad de sus organizaciones: ninguna de estas actitudes presume de la presencia real de la proyectualidad, algo que, dejémoslo claro, no hace a estos compañeros menos anarquistas. Un proyecto se basa en el análisis del contexto social, político y económico del que nos encontramos y desde el cual se refinan las perspectivas que permiten intervenir a corto y mediano plazo. Un proyecto, por lo tanto, sostiene un análisis, ideas y métodos coordinados para conseguir un propósito. Podemos, por ejemplo, publicar un periódico anarquista porque somos anarquistas que queremos difundir nuestras ideas. Bien, pero un acercamiento más proyectual requeriría del análisis de las condiciones en las cuales esta publicación se adecuaría para intervenir en la conflictualidad y que forma debería tomar... Nosotros podemos decidir luchar en contra de las deportaciones, del deterioro de las condiciones de supervivencia, en contra de las prisiones... porque todas estas cosas simplemente son incompatibles con nuestras ideas; el desarrollo de un proyecto requeriría un análisis para entender desde donde una intervención anarquista sería mucho más interesante, qué métodos usar, como pensar en darle un impulso o intensificar la tensión en el actual conflicto que nos da un periodo de tiempo determinado. No hace falta decir que la similitud de proyectos es, por lo general, la ocasión para organizarse informalmente, en coordinación entre los diferentes grupos e individualidades anarquistas.

Por lo tanto, una organización informal no puede ser fundada, constituida u abolida. Nace de una manera completamente natural, cumpliendo con las necesidades de un proyecto de lucha y desaparece cuando ya no es posible o relevante realizarlo. Esto no coincide con la totalidad de la lucha en curso: con la mayoría de las organizaciones, con los diferentes puntos de encuentro, con las asambleas, etcétera, producidos por una lucha que existe independientemente de la organización informal, lo cual no significa que esos anarquistas no puedan estar presentes ahí.

Los “otros”

Hasta ahora hemos hablado principalmente acerca de las formas organizativas entre los anarquistas.

Sin duda, muchas revueltas proporcionan sugerencias preciosas que son paralelas a lo que acabamos de decir. Tomemos como ejemplo las revueltas de los últimos años en ciertas metrópolis. Muchos rebeldes se organizan a sí mismos en grupos pequeños y ágiles. O pensemos en las revueltas del otro lado del mediterráneo. No hubo necesidad de una fuerte organización o de algún tipo de representación estructural de los explotados para provocar los levantamientos, su columna vertebral fue construida a partir de múltiples formas de auto-organización informal. Por supuesto, en todo esto no nos expresamos a nosotros mismos en el “contenido” de estas revueltas, pero sin formas organizativas anti-autoritarias sería completamente impensable que ellos hubieran tomado una liberadora y libertaria dirección.

Es tiempo de decir adiós, de una vez por todas, a todos los reflejos políticos, más aún en estos tiempos en los que las revueltas no responden (no más) a prerrogativas políticas. Las insurrecciones y las revueltas no deben de ser dirigidas, ni por los autoritarios ni por los anarquistas. Nadie pide que se organicen todos en una gran formación. Esto no quita su contribución a estos eventos (fenómenos que son realmente sociales) y que no pueden simplemente permanecer espontáneos si se aspira a una contribución cualitativa – esto requiere una cierta cantidad de organización y proyectualidad. Sin embargo, los explotados y los excluidos no necesitan de anarquistas para rebelarse o insurreccionarse. A lo mucho nosotros ponemos ser un elemento adicional, bienvenidos o no, una presencia cualitativa. Pero que, sin embargo, sigue siendo importante, si lo que queremos es hacer las rupturas insurreccionales minar en una dirección anarquista.

Si los explotados y los excluidos son perfectamente capaces de rebelarse sin los anarquistas y su presencia, no por eso estamos dispuestos a renunciar a nuestra búsqueda de algunos puntos y terrenos en los que podemos luchar con ellos. Estos puntos y estos terrenos no son consecuencias “naturales” o “automáticas” de las condiciones históricas. El encuentro entre grupos de afinidad, así como de organizaciones anarquistas y explotados dispuestos a luchar se produce en la lucha misma o al menos en una propuesta de lucha. La necesidad de difundir y profundizar las ideas anarquistas es innegable y en ningún momento se debería ocultar confinándolas en un callejón o disfrazarlas en el nombre de una estrategia determinada. Sin embargo, en un proyecto de lucha insurreccional no se trata de convertir a la mayor cantidad de explotados y excluidos en nues-

tras propias ideas, sino más bien de hacer posible experiencias de lucha con metodologías anarquistas e insurreccionales (ataque, auto-organización, y conflictualidad permanente). Dependiendo de las hipótesis y de los proyectos, es necesario reflexionar efectivamente en que formas organizacionales se dará este encuentro de anarquistas y aquellos que quieren luchar en una base radical que puedan tomar. Estas formas de organización pueden, ciertamente, no ser exclusivas de anarquistas, ya que otros rebeldes pueden tomar parte en ellas. Por lo tanto, no son un soporte para “promover” el anarquismo, sino que tienen el propósito de darle forma y contenido a la lucha insurreccional.

En algunos textos elaborados a partir de una serie de experiencias, hay una mención acerca de “núcleos de base” formados dentro de un proyecto de una lucha específica, de formas de organización basados en tres características fundamentales de la metodología insurreccional. Los anarquistas forman parte, pero junto con otros. En cierto sentido, en su mayoría son puntos de referencia (no del anarquismo, sino de la lucha en curso). Ellos funcionan como pulmones de la lucha insurreccional. Cuando esta lucha se intensifica involucra mucha gente, y disminuye el número cuando la temperatura baja. El nombre de este tipo de estructuras de organización tiene poca o ninguna importancia. Hay que discernir dentro de ciertos proyectos de lucha, si las formas de organización similares son imaginables o necesarias. Debemos destacar también esto no se trata de colectivos, comités populares, asambleas, etc., previamente formados y que tienen como propósito durar en el tiempo, y cuyas composiciones son raramente anti-políticas y autónomas (desde que hay elementos institucionales involucrados). Los “núcleos de base” se forman dentro de un proyecto de lucha y sólo llevan a un propósito concreto: atacar y destruir un aspecto de la dominación. Por lo tanto, no hay organizaciones sindicalistas que defiendan los intereses de un grupo social determinado (en los comités de un desempleado, en las asambleas estudiantiles...), sino ocasiones de organización orientadas al ataque. Las experiencias de auto-organización y ataque obviamente no garantizan que en un futuro la lucha de los explotados dejaría de aceptar o de tolerar elementos institucionales. Pero sin estas experiencias, este tipo de reacciones serían prácticamente impensables.

En resumen, de acuerdo con nosotros no se trata de construir organizaciones que podrían “atraer a las masas” o de organizarlas, sino desarrollar

y poner en práctica propuestas concretas de lucha. Dentro de estas propuestas de carácter insurreccional, es importante reflexionar acerca de las formas organizacionales consideradas necesarias y adecuadas para realizar una propuesta de ataque. Subrayamos, una vez más, que estas formas de organización no necesariamente implican estructuras con reuniones, lugares de encuentro, etcétera, sino que pueden nacer directamente de la calle, en momentos de lucha. En ciertos lugares, por ejemplo, puede ser más fácil crear algunos “puntos de referencia” o un “núcleo de base” con otros explotados interrumpiendo la rutina, poniendo una barricada en la calle... en lugar de esperar a que todos lleguen a la reunión para discutir acerca de la colocación una barricada. Estos aspectos no se pueden dejar totalmente al azar y a la espontaneidad. Una proyectualidad permite la reflexión y la evaluación de diferentes posibilidades y su relevancia.

En breve

Si la pregunta se aleja hacia cómo organizar a la gente para la lucha, se convierte en la forma de organizar la lucha. Nosotros creemos que los archipiélagos de grupos de afinidad, independientes uno de otro, pueden ser asociados de acuerdo a sus perspectivas de difusión y proyectos de lucha concretos, constituidos en la mejor forma para pasar directamente a la ofensiva. Estos conceptos ofrecen la más grande autonomía y el campo de acción más amplio posible. En el ámbito los proyectos insurreccionales es necesario y posible encontrar formas de organización informal que permitan el encuentro entre anarquistas y otros rebeldes, formas de organización no intencionadas a perpetuarse a sí mismas, sino orientarse a un fin específico e insurreccional.

N. de la T

[1] bandwagon/subirse al carro: El efecto bandwagon, también conocido como el efecto de arrastre, “efecto de la moda”, de “subirse al carro” está relacionado cercanamente al oportunismo, es la observación que a menudo las personas hacen y creen acerca de ciertas cosas fundándose en el hecho de que muchas otras personas hacen y creen en esas mismas cosas. El término bandwagon es un anglicismo que significa: un carro que lleva una banda en un desfile, circo u otro espectáculo.

**Tomado de: Salto, subversión & anarquía, número 2,
noviembre del 2012 (Bruselas) y traducido de la versión en Inglés**

**Traductora: compañera anónima- Edición: Sin retorno ediciones y distro anarquista, México
sinretornoedicionesanarquistas@riseup.net**